

Antón Costas

Cuando los hechos cambian

Cuando los hechos cambian, yo cambio de opinión. Y ¿usted qué hace?», respondió el gran economista británico John Maynard Keynes cuando en los años de entreguerras y de la Gran Depresión le acusaban de cambiar de opinión sobre la política que seguir. Su criterio moral era que el análisis económico y la acción de los gobiernos debían estar dirigidos por la razón y no por la ideología de partido o los intereses de grupo.

Ese mismo principio lo utilizó el senador demócrata norteamericano, colaborador de las administraciones de Kennedy, Ford y Nixon, embajador en India y en las Naciones Unidas y académico, Daniel Patrick Moynihan, al afirmar: “Todos tenemos derecho a nuestras opiniones, pero no tenemos derecho a nuestros propios hechos”. Este principio le llevó a cambiar de posiciones con frecuencia, tanto en asuntos internos como en la política exterior.

Atender a los hechos y orientar la política de acuerdo con ellos parece un principio de buena salud democrática. Un principio que podría servir para reorientar la política catalana oficial, en particular, la hoja de ruta que sostienen las fuerzas independentistas. Porque desde que se acordó han ido emergiendo hechos que ponen en cuestión su conveniencia para el interés general, y hasta para sus partidarios. Permítanme mencionar algunos de ellos.

1) Ha quedado claro que el criterio de unilateralidad choca de frente contra el principio de legalidad del Estado de derecho. Ese choque aboca a un callejón sin salida, como hemos visto con la última declaración unilateral del Parlament. Hay que reconocer ese hecho. Supongo que a eso se refería el presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, cuando en la reunión del Cercle d’Economia en Sitges afirmó: “No me verán cometiendo ninguna ilegalidad”.

2) Ha quedado claro también que la unilateralidad llevaría a la salida automática del euro y de la Unión Europea. Este hecho tiene también reconocimiento creciente dentro del propio

mundo independentista. El vicepresidente y conseller de Finanzas, Oriol Junqueras, afirmó en la reunión del Cercle d’Economia que quizá se podrían encontrar personas tan europeístas como él, “pero ninguna más que él”. A buen entendedor, sobran más palabras.

3) La hoja de ruta ha llevado a desconectar la gestión del día a día de la política catalana de los centros de decisión españoles donde, sin embargo, se toman decisiones que afectan

Los hechos y la fuerza de la razón acabarán imponiéndose a las visiones ideológicas y a los intereses de partido

tan a la capacidad de gestión de la Generalitat: el Fondo de Liquidez Autonómico, la negociación del nuevo modelo de financiación, el coste de la deuda catalana, el reparto del déficit entre Estado, autonomía y ayuntamientos, la legislación educativa, etcétera. Si esas decisiones afectan a las condiciones de vida de los catalanes y a la economía, mejor participar en ellas que desconectarse, sin que eso signifique renunciar a la aspiración última. El reinicio del diálogo sobre las negocia-

ciones acerca de esas cuestiones entre el Gobierno central y la Generalitat es un reconocimiento de este hecho.

4) La hoja de ruta independentista ha entrado en línea de colisión con las necesidades sociales más urgentes: el paro, los nuevos pobres con empleo, la emergencia social de la pobreza de los hogares con niños, el aumento de las personas en exclusión y los sintecho. La no aprobación de los presupuestos para el 2016 es el reconocimiento claro de este hecho. Sin unos nuevos presupuestos no hay gobierno que merezca tal nombre. Si no entiendo mal, este hecho ha sido reconocido implícitamente por el vicepresidente Junqueras al afirmar que la orientación social de los nuevos presupuestos ha quedado bloqueada al no ser aprobados.

5) La hoja de ruta independentista perjudica a sus propios partidarios. El apoyo electoral a nuevas formaciones políticas que llevan en su programa como objetivo prioritario la cuestión social y el referéndum, pero no la independencia, parece confirmarlo.

A la vista de estos hechos, las fuerzas políticas y las organizaciones sociales independentistas deberían cambiar la hoja de ruta. No digo cambiar sus aspiraciones y su objetivo final. Tenemos derecho a nuestras propias opiniones, como defendía Moynihan. Pero cuando los hechos cambian, deberíamos cambiar nuestras opiniones y las políticas, como recomendaba Keynes.

Hoy por hoy, la política catalana oficial parece estar bajo el síndrome de la disonancia cognitiva, que consiste en rechazar todo hecho que contradice la visión que cada uno tenemos de como deberían ser las cosas. Naturalmente, algo similar se puede decir de la política española oficial, que responde al viejo síndrome hidalgo castellano del “sostenella i no enmendalla” al negarse a reconocer el principio democrático de nuestra Constitución, que obliga políticamente a encontrar las vías legales para hacer posible las aspiraciones mayoritarias de los ciudadanos. Pero no desfallezco, sigo esperando que los hechos y la fuerza de la razón acabarán imponiéndose a las visiones ideológicas y a los intereses de partido.●



JAVIER AGUILAR

A. COSTAS, catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona

Pilar Rahola



Posdebate

Las valoraciones del debate son coincidentes: Pedro Sánchez perdió la contienda y estas elecciones son cosa de dos, dividido el mundo entre la España azul y la España roja. Es decir, Rajoy aguantó, Iglesias triunfó, Rivera hizo lo suyo y Sánchez se hundió, sobre todo porque su mantra contra Iglesias como culpable de la segunda ronda electoral no superó al de Podemos en favor de la unidad de la izquierda. Por supuesto hubo más posturo que programa, y todo medido con las reglas de un spot publicitario. Pero hubo algunos cruces interesantes que justificaron los lugares comunes previsibles. El debate, pues, confirmó el signo de las encuestas: el PP ganaría, aunque más en pírrico que en esplendoroso; Podemos culminaría su proceso freudiano con el socialismo y mataría al padre; el PSOE se daría el batacazo más importante de su historia, y Rivera perdería escaños porque, ante la utilidad del voto pepero, su esforzado intento de apuntalarlo vendría a menos. A la espera del día de autos, esto es lo que parece.

Desde la mirada catalana, sin embargo, los mensajes del debate presentan matices importantes. Primer mensaje: los partidos soberanistas no son escuchados, a pesar de ser el mo-

Se confirmaron las encuestas: Rajoy aguantó, Iglesias triunfó, Rivera de perfil y Sánchez se hundió

tor central de Catalunya, lo cual envía la idea del pastero español respecto de la cuestión catalana y hunde cualquier esperanza de tercera vía. Segundo mensaje: el único partido español que respeta el derecho a decidir de los catalanes, simpático Podemos, se desdijo a la primera pregunta, y donde ayer dijo referéndum, dice ahora no es línea roja. Por tanto, y nuevamente, quienes aspiran a la independencia tienen motivos para no confiar en Podemos, lo cual no significa que venda el producto con eficacia. Tercer mensaje: si el PP gobierna, y si Ciudadanos lo apuntala, la cuestión catalana volverá a transitar por los caminos de la intransigencia más burda, y no habrá espacios para el diálogo civilizado. Cuarto mensaje: el batacazo que el PSOE se dará en España se multiplicará por mil en Catalunya, donde su inconsistencia lo puede convertir en residual. Y quinto: a pesar de todos esos argumentos, no será fácil que los partidos soberanistas consigan dominar el relato en Catalunya, porque la perspectiva española le da otro cariz que puede ser determinante.

Finalmente, para los defensores catalanes de la España eterna, parece evidente que Ciudadanos se desdibuja ante la lógica utilidad del voto pepero. Con todo, incluso desde el relato español, lo que pesará en Catalunya será el proceso, visto desde otro ángulo, con el voto dividido entre los que quieren salvar a España y los que desean conseguir un aliado refrendario, a la espera de que los soberanistas vuelvan a encontrar la hoja de ruta. Ese es el gran reto de ERC y CDC, conseguir que el catalanismo no vuelva a caer en la ingenuidad de creer que un partido español le salvará los muebles. No lo tienen fácil.●

J.M. Carbonell y J.L. Micó

La ruptura entre la innovación

El arco, la polea, el compás, las gafas, los tipos móviles, la máquina de vapor, la desgranadora de algodón, el asfalto, el modelo T de Henry Ford, los ascensores, el acero para la construcción, la bomba atómica, el ordenador personal, el *smartphone*... han sido inventos cuyo impacto ha ido más allá de la actividad para la que fueron pensados. Toda la historia de la tecnología está llena de consecuencias inesperadas.

Muy a menudo la destrucción que causan estos artefactos, máquinas y aparatos en los entornos culturales, económicos y políticos en los que irrumpen ha sido superior a los resultados beneficiosos de su uso inicial. Los inversores de centros tecnológicos co-

mo Silicon Valley tienen un nombre para ellos: *killer applications*, esto es, aplicaciones mortales. Hoy los podríamos definir como productos o servicios que instauran una categoría nueva y desplazan avances antiguos, destrozan y rehacen industrias y llevan la confusión a sus competidores, a los reguladores de los mercados e incluso a sus futuros clientes o consumidores.

El *big data*, la inteligencia artificial, la robótica y el llamado “internet de las cosas” –la conexión a la red de todo tipo de objetos, que también pueden vincularse digitalmente entre sí– están ahora en ese momento de escrutinio público, más bien condescendiente o extremadamente severo en función de la posición que ocupe el analista en la secuencia que va de la tecnofobia irracional a la tecnofilia acrítica.

La experiencia acumulada durante siglos

no demuestra que las *killer apps* –esta es su forma abreviada– tienden a crear una riqueza fabulosa y a revitalizar ciertas áreas que estaban paralizadas, pero la regeneración que impulsan puede ir acompañada de una devastación incontrolable.

La velocidad y la trayectoria de la revolución digital desencadenan reacciones más frecuentes –y perjudiciales– que las primeras tecnologías. Y ofrecen un ejemplo constante del fenómeno que el ensayista Alvin Toffler calificó de “shock del futuro” y los emprendedores Chunk Mui y Larry Downes, de “ley de ruptura”: donde los sistemas sociales disfrutaban de una mejora incremental, la tecnología progresa de manera exponencial. A medida que aumenta el intervalo entre estos factores, crecen igualmente las posibilidades de un cambio discontinuo y que escinde.●

J.M. CARBONELL Y J.L. MICÓ, decano y vicedecano de la facultad Comunicació i Relac. Internacionals Blanquerna